

notas

discurso a la nación europea

XVII y ULTIMO
Cautelosamente resume David Ogg, en el capítulo final de su obra, la doctrina de Grotius. En la España en que la depreda era un trofeo leyó una sibilina de los caminos la suerte del príncipe de las letras, no en las rayas de su mano y si en los surcos de su frente. En los surcos del pensamiento, la libertad de conciencia debe ser respetada. Aunque la continuación de la Historia haya demostrado que la guerra no ha de ajustarse nunca a normas jurídicas y que hay mucho de cierto en el sarcasmo de Treitschke cuando advierte que los defensores del derecho internacional son representantes de pequeñas naciones, no se puede menos de guardar reconocimiento a Grotius por haber presentado al menos una alternativa a la teoría de Hobbes y de Spinoza, según la cual la fuerza es la medida exacta del derecho y la moral no interviene ni en la política interior de los Estados ni en sus relaciones recíprocas.



COURIER

que se afecta la ingenuidad terrible del rústico; como "La conversación con la condesa de Albany" que es su obra perfecta. Hace poco por cierto fue reimpresión esta obra, con un prefacio en el que se nos ruega que no tomemos contra la paradoja de Courier el enojoso partido del sentido común. El retrato de la copia sin alas, el romance mutilado. El buen sentido arretrata la inteligencia, le marcha el vuelo y le amputa el bazo. La paradoja es conocida. Pablo Luis Courier traza el reverso del héroe de la epopeya, el "désous" de sus conquistas. Pone a las potencias del azar, a los hados por encima del arte de la guerra. Esta conjetura no daña empero a la estrategia en sus fines meditados. El genio militar no se contrasta siempre en la victoria, ya que Anibal o Napoleón acabaron vencidos. La obra maestra de Courier, según los especialistas, es la campaña de 1812 (Champaubert y Montmirail), que conduce a los adioses de Fontenoy y la toma de París por los aliados. Con todo, este coloquio en casa de la condesa de Albany es la cima más alta de la creación de Pablo Luis Courier. "No olvidemos—se ha dicho como un reproche—que Courier es militar." Si lo es, pero de una cierta fantasía, pues abandona de tarde en tarde, "sin emancipación de conciencia", los compromisos napoleónicos, y entre otros, el de Wagram. Ver matarse los hombres en rebaños humilla su condición de hombre libre. Presente el libelista su tragedia final. "Pablo Luis—se anuncia—, los cogotes te matarán. No los cogotes si un campesino con sangre de Cato le asesina en el lugar Chêne Pendu. Poco antes, les ha contado a los señores de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras: "Je vois s'accomplir cette prédiction qui me fait autrui's moi-même. Tu ne seras jamais rien." Fue el mejor libelista y el primer liberal de su tiempo. Se batió por el derecho de gentes, aunque recatara su fe con sarcasmos marciales. "Las naciones que no se entregaron no son grandes naciones aún." Grita Courier esta verdad, pero la grita partiendo en guerra contra los poderes que la han traicionado. Que este reto cierre el "Discurso a la nación europea", en el que el duelo entre la libertad

la autoridad se ha otorgado tantas veces en las perspectivas del tiempo.

Norma es la libertad y también arma. Como norma regirá a las sociedades que aman la jerarquía y piden a sus élites la magnanimidad tanto como el deber difícil. Como arma, se ha anticipado irremediablemente, y más doloroso que combatir contra ella nos es poder combatir con ella. Croce nos confortaba desde Nápoles diciéndonos: "No. La libertad es una categoría eterna que emerge de sus

ocasion." Qué... Dios nos dé en el pan de cada día levadura de ansiedad. El nos agite y nos ahorre la paz del pantano. Cristo, desde el Evangelio, nos da la voz de eternidad de que nuestra avidez no se sacia. "Noli te arbitrari quia pacem venerim mittere in terram non veni pacem mittere, sed gladium." ("No penséis que vine a meter paz sobre la tierra; no vine a meter paz, sino espada...")

Pedro MOURLANE MICHELENA

3.1-1298 lecturas

la poesía de Jorge Guillén

Es muy posible que la poesía genuinamente guilleniana se halle aún inédita o en signo. En mi sentir, lo que se capta y se gusta en la obra del difunto lino vallisoletano no es todavía su enjundia entrañable, sino una "externalidad recóndita" de su poesía: los indicios de una maravillosa existencia soterrada. Jorge Guillén es, ante todo y sobre todo, un raro y ejemplar prodigio de intención. Ahora bien: ¿qué arduas intenciones óptimas está empujando el infierno lírico de Guillén. Si la comoción exotérica de la crítica al uso no fuera tan liviana, algo sabríamos ya de esos conatos infelices y de tal o cual consecución sin reproche, suprema, con categoría de dechado. Guillén, poeta que "no dice", sólo insinúa, y jamás directamente, el colmo de irrealidad que su sensibilidad poética atrapa. Este quizá sea su más arduo secreto. Y la gracia inmensurable de su poesía, que a Guillén le hace la verdad poética, como un asombro, de su fervorosa, memorosa y morosa degustación idiomática:

Albor. El horizonte entreabre sus peñas tras el cielo y ver. ¡Oh! Nombres. Están sobre la patria de las cosas. La rosa se llama todavía hoy rosa, y la memoria de su tránsito, prisa.

En este ejemplo, lo que Guillén insinúa y lo que el lector presupone coinciden en una línea de fel-

¿genovés o armenio? un monumento tipográfico a la italianidad de colón

Nacido en Génova o en Savona, Cataluña, en Francia, o en Galicia, sea griego, danés, suizo o armenio, Cristóbal Colón pertenece a la Humanidad. Una reivindicación demasiado estrecha para tal o cual ciudad ha de parecer pueril tan excesivo como negar la evidencia de sus orígenes genoveses; los humoristas de la Historia pecan en el caso del almirante del Rey de Castilla tanto como los forzados de la erudición. La magnitud de la figura de descubridor no se disminuye porque no fuese alemán, como lo quiere cierto saber indiscreto, y si un humilde plebeyo de Galicia. Que Cristóbal Colón fuese hijo de unos laneros genoveses no es menos honor que si, en efecto, como él lo decía con una vanidad inocente y disculpable, contase con varios almirantes en su familia.

Tienen razón los genoveses de hoy y de todos los tiempos para enorgullecerse por el hecho de que el descubridor hubiera nacido en su ciudad. Los españoles no la tienen menos al sentirse orgullosos de que el descubrimiento pudiera haberse llevado a cabo merced a la política española. Otra cosa es que se pierda. Así, pues, dese a Italia la gloria de Cristóforo Colombo y a España la de Cristóbal Colón. Los buscadores de acendrados en la Historia causan, sin embargo, grandes pesadumbres a los espíritus timoratos. La magnitud del descubrimiento de América ha suscitado críticas livianas que insisten demeritar como el Nuevo Continente era ya conocido por las gentes del danés Erik el Rojo, o el genovés de algún ballenero vasco, acaso por japoneses y coreanos, en fin, por los habitantes de la Atlántida. Mientras los archivos de la Atlántida no suministran mejores comprobantes, atengámonos a la luz que Génova, Simancas, Madrid y Sevilla, entre los principales, derraman, y cuando algún caparrijo erudito nos guite el ojo ofreciéndonos el maligno grigario por el que resulte que Colón fue árabe, mongol o cubano, aceptémoslo sin enfado, porque una broma merece ser atendida cuanto más sutil es.

Por eso, si embargo, que la noble ciudad de Génova se haya levantado un día enojada por el rumorillo de esos arroyuelos que en nada pueden turbar la majestad de su orgullo. Y consecuentemente decidió levantar en materia tipográfica el más opulento museo a la gloria genovesa de Cristóbal Colón. La ciudad de Génova no estaba contenta con guardar en su Palacio Municipal el arca de las cenizas de Colón y de exhibirla al público todos los 12 de octubre. Ni tampoco con mostrar al viajero curioso las piedras sagradas de la que fue casa natal de Cristóbal Colón, el Vico del Ponticello, tras del actual Palacio de Comunicaciones, y rodeada de hiedra en abundancia. La ciudad de Génova posee además cantidad de viejos manuscritos que atestiguan con una energía de tonos de trompeta el nacimiento, la juventud, tres generaciones familiares de Cristóbal Colón, aprendiz lanero y almirante del Rey de Castilla. Magníficos documentos que el Palacio Municipal guarda

somete al yugo de lo irreal y lo completa y exalta. De los poemas perfectos que haya escrito Guillén—hay quien sólo le concede perfección absoluta a uno de sus romances, el titulado "Arbor", que publicó en pie de sueto Manuel Altolaguirre—no he de hablar aquí, porque, en el fondo, tratándose de Guillén, la perfección íntegra del poema íntegro ni la estimó esencial ni me interesa. Guillén puede tentarse en toros de los siglos, en el campo de la búsqueda y puede demorarse en el camino, pero siempre descubre, como por arte de birlibirloque, al principio o al fin, la veta purísima del filón más profundo. Poeta, pues, y poeta no fragmentario, sino total, sus aciertos parciales son de tal índole, que consiguen de por sí y para sí contenido y continente de unidad sin

Sol. Activa persiana: laten sombras. (¿Quién entrará?) Huyen. Soy yo; píandás. (¿Oh, con palpación de párpado, persiana de soledad o amor!) Quiero lo transparente. También las sombras quiero, transparentes y alegres. (Las sombras, tan esquías, soñaban con la palma de la mano en caricia.) ¡Tal vez mi mano... Pero no, no puedo. Las sombras son intangibles; sueños.

Juan José DOMENCHINA

da colosamente cerca del volán de Paganini, otra gloria genovesa, como Mazzini o Garibaldi. Y del joven Ballila, David de nuestros días.

Las facetas que algunos eruditos se han permitido sobre la patria natural de Colón tienen una excusa: la obscuridad que ya él mismo, y después su hijo Fernandillo, arrojaron sobre su origen humilde, sobre la condición artesana de la familia, y que después enmarcaron sus sucesores una vez extinguida la rama directa y pasar la herencia a las colaterales. Sin acusar a Colón de una vanidad que seguramente no tuvo, es comprensible que en el medio social en que se movía sintiese robustecida su autoridad atribuyéndose precarios orígenes. Verdaderamente, todo lo que Colón dijo no fue sino que "no era el primer almirante de la familia; pero sobre esta piedra se levantarán ingentes catedrales, llegando hasta decirse en tiempos de sus nietos que descendían de sangre real. Es el cuento de la gallina que se arranca una pluma por broma, en el cuento de Andersen. Queda luego otra cosa en pie, sobre la cual no se dice palabra en el monumental volumen editado por la ciudad de Génova, y es lo que se refiere al supuesto linde israelita en la genealogía de Colón y del deseo de éste de disipar toda sospecha. Sobre este punto, los eruditos podrían darnos datos interesantes, ya que el diezmo que Colón dejó en herencia para ayudar a la conquista de Jerusalén (en cierto Banco genovés de secular fama) no dice nada por sí mismo.

La importancia del descubrimiento de América no fue apreciada en los primeros años de su trascendencia que sólo le dio la importación de la cultura española a aquellos países. Antes de morir, Colón había vuelto al silencio y a la obscuridad, caso común a todos los descubridores. Cuando un siglo más tarde su figura creció en la imaginación de admiradores y herederos, se le rodeó, por fenómeno natural, de todo género de excolencias, de insinuos de sabiduría, de señoría. Empezaron a cundir las historias basadas en narraciones más o menos falsadas. Los documentos originales yacían en polvo y obscuridad. Si los que se encuentran a mano eran poco favorables, se los ignoraba. El mito surgía, y con él, el cortejo de panegiristas o detractores, los historiadores de derechas y de izquierdas, los antagónicos y los partidarios de usar la Historia a medida de su criterio. No pasó mucho tiempo sin que todo se enredase, de tal manera, que el libro gigante editado

por el Oeste. Quizá las Indias, pródigas en especias, en raíces y cortezas medicinales, en riquezas de otra índole que constituían el gran comercio por Oriente. Luego vino el genio político y combinatorio de Colón, que halló su medida al encontrarse con el que caracterizaba a los Monarcas de Aragón y Castilla. Después, unas islas; luego, inmensas tierras firmes; en seguida, un nuevo continente; dos; un mundo nuevo: la Historia Moderna surge del Atlántico.

El "Cristóforo Colombo" que edita la ciudad de Génova bajo la presidencia de su "podestà", el señor Eugenio Broccardi, con trece colaboradores, consiste en un hermoso folio de 288 páginas e infinidad de fotografías de los textos de los documentos genoveses que pertenecen a su "podestà". La segunda parte comprende las actas notariales y otras atestaciones del Gobierno genovés, donde se muestra la genealogía, origen y año del nacimiento de Colón, cambio de residencia, sucesos de la vida del padre y del hermano, actas notariales de la identidad del Colombo genovés con el descubridor de América, principalmente por la identidad del padre y de los hermanos.

Los autógrafos que contiene la tercera parte son documentos de mano de Colón, que se conservan en el Ayuntamiento de Génova, y actas de sus colaterales y descendientes. Las páginas de guarda del libro reproducen los mapas españoles de la época, pocos años posteriores al descubrimiento. Se han hecho tres ediciones simultáneas, una en italiano, otra en castellano y francés y otra en inglés y alemán. La edición española ha sido cuidada por Juan Ramón Masoliver, Giuseppe Cappelli y Luigi Ziliani. La soberbia labor llevada a cabo por el Instituto Italiano d'Arti Grafiche, de Bérgamo, bajo la dirección de Giovanni Monteleone, merece que se la mencione como justicia debida a su notabilidad. Ad. S.

prosa inédita

(Muertos transparentes.)

BEQUER tiene una mano, se echa en el redondo vendaval y sale de la gran madreseiva, su momentáneo refugio del súbito chaparrón tronador de mayo, instante grato de suave penumbra olorosa por su desesperanza. Tembloroso, cianótico, tosedor, cogiéndose al mismo tiempo contra la ola alta su inquieto sombrero de copa, envuelve, lucha difícil, en la capa corta que le tapa apenas la friolencia del minuto de entretiempo verde y ciclón, polvo y gota, el arpa irreal. ¿La raptó entonces aquella mañana en el ángulo oscuro del salón, llenas sus cuerdas desnudas, como el almendro de flor, de alas dormidas? ¿Dónde se la lleva a abrir sus notas? ¿Qué confusión: madreseiva, ahogo, entretiempo, mujer, escalforio, ideal, arpa! Arpa o mujer, cuerda o brazo, sueño, todo el amor intangible!

(Sellando con un beso su traición.) Tiene clavado en el centro del alma en plaza un eco, y le va doliendo como una espina ampliada de naranjo, angina de pecho insoportable, que no mata acaso la primera vez. Para acompar tan enconado dolor y ver si lo echa al mar por el río de su sangre, su corazón, redoblante velado, redobla más aún su segundo tono aórtico, que le da a su oído total, del talón a la sien, bajo el nubarrón de asfixia, ese asonante suyo agudo, sordo, refuerzo del segundo tono poético, plomada de oscuro corazón hipertrofiado. ¡Ansia caída, en definitiva descompensación, contra los vientos blandos, malva, oro de la fantasía! Y con ese asonante cordial cambia, hace suyo, eterniza; porque es vida, es acento, el verso español de su hora:

(Hoy llega al fondo de mi alma el sol.) Alrededor de Bécquer, como la suma flor ideal, amarilla y plata, entre pájaros que la coronan, todos unidos, el adiente pico piador a ella, vuela la RIMA, ente vulgar en tantos, antes y después, único, auténtico en él, como es sólo su asonante duro y gris. Son, RIMA, ya no podrán en muchos años usarse en España sin que vuelvan de Bécquer. Son, RIMA, RIMA, Son, RIMA, la RIMA de pecho negro y blanco, guardada en el escudo del pórtico, en la tumba de piedra, en el muro del convento, en el balcón cerrado con el poniente sevillano, verde y rosa de agua y sol, en su cristal. El Son del corazón, la RIMA golondrina. (Mejor romanticismo, recóndito, exacto, ceñido, en los ambientes fatales de la época.) La RIMA breve. Bécquer, el hondo Son.

Juan Ramón JIMENEZ

ponen, con una claridad que sólo podrán discutir los muy entendidos, los orígenes, época y sitio del nacimiento, profesión de sus familias hasta la ausencia de Colón y sus dos hermanos para ascender en nuestra Península; testimonios de sus contemporáneos y testimonios del propio Colón afirmando su calidad de genovés. La primera parte del libro contiene una copiosísima colección de los testimonios de escritores extranjeros (españoles en su gran mayoría), de italianos no ligeros y de escritores ligures, a más de una correspondencia diplomática. La segunda parte comprende las actas notariales y otras atestaciones del Gobierno genovés, donde se muestra la genealogía, origen y año del nacimiento de Colón, cambio de residencia, sucesos de la vida del padre y del hermano, actas notariales de la identidad del Colombo genovés con el descubridor de América, principalmente por la identidad del padre y de los hermanos.

Los autógrafos que contiene la tercera parte son documentos de mano de Colón, que se conservan en el Ayuntamiento de Génova, y actas de sus colaterales y descendientes. Las páginas de guarda del libro reproducen los mapas españoles de la época, pocos años posteriores al descubrimiento. Se han hecho tres ediciones simultáneas, una en italiano, otra en castellano y francés y otra en inglés y alemán. La edición española ha sido cuidada por Juan Ramón Masoliver, Giuseppe Cappelli y Luigi Ziliani. La soberbia labor llevada a cabo por el Instituto Italiano d'Arti Grafiche, de Bérgamo, bajo la dirección de Giovanni Monteleone, merece que se la mencione como justicia debida a su notabilidad. Ad. S.

rabasa, el Bolchevique, el Balanchú, la Monroya, Peñas pardas, Perfecto, Hermoso, y Oliva la Carache, o "cuchillos" sorprendidos en los travesaños de la balcanada, cuál de ellos dormido sobre sus manecitas, quien encañado en la horquilla de las espas de los tableros, a riesgo de caer sobre los peces, habiendo entre ellos quien con su fe de chico entre los dedillos se meza en el montón de los pescados, y hasta quien desafía el ceño de esa Némesis de la sal que surge, engrapados los brazos del balaustra de la grada, como el genio o meige de todo el helén y una hoguera de festivo "magiustu" en cada ojo?

Orgullo de la raza esta riqueza de fisonomías, inagotable cantera de almas nuevas. ¿Es que necesitan esas líneas y planos ser dislacerados o conturbados por fibras falsas o tendones de ímpetu ajeno a su simple expresión? ¿Podría superar la alucinación o estilización más estridida máscaras y líneas de fineza, brujería o supervivencia mágica de tótemes como en variedad, sin otro adjetivo justo que el de hispana aturde en el corro de la rifa pesquera? Si por ahí, fuera de nuestra raza, todo tiende a supervalorar la forma normal o constituir, dentro de la más severa tipología de Kretschmer, un "stockyard" de espartanos estandarizados, en buena hora sea; refréñese o estimúlase la función humoral como plaza al artista y al animador del quimismo sanguíneo. Nosotros tenemos esto hoy por hoy: un tesoro en almas y tipos. Ivan Mestrovich—por otra parte, un Juan de Juni moderno—lleva la gubia como le parece en el ciclo de Kosovo, dentro del templo de Vidovdan o en el mausoleo de la familia Ratchitch en Cavtat; el dramático George Bellows evoca a su manera en dibujos como garfios la rumorosa vida de los puertos; la Rula de Gijón no pide al esfuerzo otra cosa que esos ojos claros, limpios, serenos, incapaces de mentira, que no se enturbiaron jamás en la raza ni en los días del frontal de Silos, que debiera guardarse en la torre burgalesa dentro de un joyero de su tamaño, o del "Pórtico de la Gloria", del maestro Mateos. Es imposible ser creador entre nosotros; es más, estúpido y perfectamente inútil. No es necesario llevar en la barjoleta de la espalda viajera formularios ni estéticas entre nosotros, sino tener ojos y ver. Almas y tipos, botín triunfal de inconcebibles peleas y entronques de razas, legado el más rico que haya recibido nación alguna, no piden del esfuerzo sino atención; nuestra nobleza ingéñita hará lo demás derramando sobre los modelos elegidos esa elegancia de técnica que de tan lejos en la estirpe se constatación en la verdad misma de las cosas. En la palma de la mano cabe la basílica de San Miguel de Lino. ¿Ofenden en nada a su divina traza interna las proporciones de fuera? Puede muy bien la Rula, escandalosa creación del mar y de la raza, estrecharse, hasta caer en el pecho o en el retablo de Miran...

FOLLETONES DE "EL SOL"

RETABLOS IBERICOS

GIJON: RESURRECCION DE LA RULA VIEJA DEL MAR

POR EUGENIO NOEL

La luz no existe hasta que se transforma en sensación.

EXACTA IDEA DE LA VISIÓN. ¿Por qué preocupó siempre más el paisaje que el hombre en el mar, o la mar, como gustan en acepción femenina los marcanes nombrarle, quien sabe si por la belleza o por el peligro o, esmaltado en la sonrisa azul de la Odysea, por el peligro de su belleza? Y hasta su Quijote en "Os Lusíadas", de Camoens, y escultores nunca? Por dos veces todo un pueblo de dioses surgió de las ondas, la Grecia de la Iliada y la España del Descubrimiento, y hasta países enteros, como Inglaterra y Holanda, no acertaron a fijar y colorear su carácter nacional sino encarnando su intimidad heroica en la fuente de acción perpetua de las olas; Turner entraña toda la constancia del "Rule, Britannia, rule the waves", del himno de su raza; entre el viejo Vroom y el noble Jaco Ruysdael se desplaza, en una maravillosa juventud, el alma marina de los hombres capaces hoy de estar "Zuidzee" como lo fueran ayer de soñar en las playas de Scheveningue. Asimilando el "Mid country tis of this sweet land of Liberty" de los norteamericanos suena dulcemente en el caracol marino de Harrison y de Winslow Komer; el propio "Über alle in der Welt" alemán, deshecho en una hecatombe de ambición y tristeza, canta en los tritones, sirenas e hipocampos de la mitología abismal de Beethoven. Pero el impulso humano se desvanece en el ímpetu del mar, y el artista, aparte meditaciones de melancolía inefable, parece no haber conseguido jamás otra recompensa que aquella que, en versos de ilimitada calma de agua como las olas de los cuadros de Alquist, descubre Paul Valéry: mirar fija en su esfuerzo la serenidad de los dioses.

Y apartando del espíritu inquieto estos tumultos ingenuos, más bien silencios, volvemos a hundir los ojos en la contemplación de una obra hechicera que el mar ha ofrendado a un artífice asturiano—"asthur scruta-

den asirse al hameo de gentes de tierra adentro. Las puertas son escotillas, y los respiraderos o ventanos, imbornales: por donde se bombea a la rada y barrio de los pescadores, frases y sucesos aderezados con los ingredientes que maceran las carnes marinadas: cebolla picada, ajos por rieras y guindillas por borcas. Una cosa es pescador, una muy otra pescadero; ser margato o maragato voceras no significa ribereño o costero; ser marino no es ser hombre de mar o pescador de altura o enrolado de tripulación y compango; pero rulero, y sobre todo rulera, es formar entre los hijos del mar rancho aparte, sésame mediero o pujante, arrumbador o corredor. No se parecen a nada ni entre los suyos. Por miedo probablemente, y nada más que por miedo, nadie todavía se arriesgara a estudiarlo en vivo, no "in vitro", la pizarra marítima—si miel de sol, hiel de sal—, y junto los birlochos y misterios de la pizarra, la tierra son humo... de combustión de petróleo y brío los aires de los bajos fondos de una plaza de abastos. ¡Qué lenguaje! Bable, no; ¡Babel!... Estos trabajadores "huguesos", más bien "los charlatanes del mar", buenzas hasta ser como el intestino del pecte, que atraviesa la musculatura del corazón y se apoya en él, son capaces con su genio mordaz de poner al rojo de un día gallego de "purga do mar" el natural humorismo asturiano, ácido como la sidra rubia del espiche de una bota en el chigre.

Como en los cuadros del Greco, el candiota sea sordo, la Rula de Gijón tiene en su realidad de Cimadevilla y en el retablo de Sebastián Miranda, social y espiritualmente diferenciados su abajo y su arriba, su "gloria" de balconillos y crucetas, su "zócalo" de seronillos y armines; no porque "arriba" se repartan canteos o pan del "chorru" a las mozas, o se beba en tarieques bien espalmados y críe cardenillo la fauna y flora o "bentos" humano de abajo como los quesos de Cables; ni arriba ni abajo se asiste al reparto de la garulla en una esfozaya o buscarán los rapaces en la polvada de las mozas las castañas de las faltiguera. Nada de marañada de chigre y pujos de soborio; allí, en esa urca hay trabajo y hay dinero, oferta y demanda, como hay farrapos o puches y fabada de lacón. El mar no rusa las castas; los que le aman o le necesitan saben a su costa que en ninguna parte como en el mar se valorizan más el dinero y la sangre.

Pero en ninguna parte tampoco recrea los sentidos mayor diversidad de tipos, tan prodigiosa riqueza de almas y rostros. Entre la cara arrugada como un manguo o castaña plomiga y la faz suave como un "bolu" o la rosa de cera de los acuarios, ¡qué variedad de líneas, colores y masas! Viejas fisonomías rapazcos, ¡qué espléndida generosidad marina de gestos y de formas!... No es apasionamiento culterano involucrar metabólicos y acudir a la fuerza creadora del mar para justificar ese derecho encantador de seres. La ilusión barroca es más penetrante cuando del retablo se nos traslada a la Rula viva entre los olores de las criaturas que los cachapos arrojan o contienen a mi-

tor pallidus auri"—de voluntad semejante en fuerza y colorido a esos matices con que los glaucosios, el percloruro, sulfuros e hidrosulfatos de hierro producen los tonos azules, violetas, asombrados—ámbar, coral y plata—, de los todos del mar, y con los que el imaginario, en deliciosa encarnadura los dos centenares de seres humanos que os miran desde el retablo con la pizarra salada de la gente pesquera.

El mar, infranqueable a nuestro sentido de creación plástica de otra forma que en atención y deslumbramiento puros, es propicio en los puertos de refugio y en los veriles de sus costas a una humanización de su energía irreducible, y una de esas escenas ansias, de seducción profunda, puesto que el Océano fué y es aún el medio orgánico de nuestro plasma, nos intentemos desentencar o no de su atracción, está delante de nosotros resultando, en el corazón de la ciudad, fruto y gloria del mar ella misma. ¿Qué tremenda y encantada cosa es una Rula... en esos bellísimos puertos de nuestro Noroeste, que contornan el derrotero de los navegantes como los ojos de las cenefas libres de una ostra Jacobea en reposo sobre sus estatolitos! De estos cien ojos, el ánimo viajero recuerda dos, puestos en su risa e interés: el barrio marinero del Berbés, en Vigo, y esta Rula vieja de Gijón. Una Rula no es un tinglado o pontón de madera donde se merca, sortea o vocea en rueda de pujas pesca recién volcada de lanchones, botes, traineras o esos barcos romos, de proa encapotada como frente de chateras, y que por navegar de conserva, apareados, suelen andar casi siempre mal avenidos; es más bien, pese a su apariencia, de sola arrabalería de contrabandista, la sentina o sollado de una veterana barcaza varada en la rampa de un desembarcadero, puente podrido de algún inútil casco invertido de navío andariego, dentro de cuyas cuerdas pochas se enraciman las más disparatas e imprevistas ocurrencias que pue-